

# LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS  
DE BARCELONA

---

## LA PEREGRINACIÓN NACIONAL

*Pastoral que el Rmo. Sr. Obispo de Oviedo dirige al clero y fieles de su diócesis.*

### I

Nuevamente, amados hijos nuestros, hemos tenido el consuelo de postrarnos ante el sepulcro de los Príncipes de los Apóstoles, para pedir á Dios por su mediación dé la salud eterna á las almas confiadas á nuestro cargo pastoral. Una vez más hemos presentado el homenaje de nuestra fe y de nuestro amor, y de la fe y del amor de nuestros diocesanos, al Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo sobre la tierra; y por segunda vez se ofreció á nuestra vista el consolador espectáculo que 300 peregrinos de nuestra diócesis, entre 18,000 que formaron la peregrinación nacional, presentaron al mundo entero, por su fe, su piedad, su resignación cristiana y la modestia características de sus actos todos.

Apenas habían nuestros peregrinos arribado á la Ciudad Eterna, la misma noche de su desembarque, recibíamos noticias de la impresión que su porte había producido en el pueblo romano; noticias que llenaron de consuelo, y hasta de legítimo orgullo, á vuestro indigno Obispo. Y no habéis desmentido, amados hijos nuestros, durante los días de vuestra permanencia en Roma, esas primeras impresiones, sino que las habeis confirmado con vuestros reiterados actos de piedad, y las habeis sublimado, sellándolas con una resignación que excede á todo encarecimiento, en los días de terrible prueba, con que plugo á Dios acrisolar vuestra virtud, y hacer más meritorio el acto cristiano realizado en vuestro viaje á Roma. Alejado Nos de la ciudad episcopal, en cumplimiento de otros deberes, no hemos podido asociarnos corporalmente, á la grandiosa manifestación que las autoridades y el clero y pueblo de Oviedo, guiados por los nobilísimos impulsos de su corazón, os hicieron á vuestro feliz regreso; pero Dios sabe que

ni un momento os hemos olvidado, repitiendo diariamente la bendición de la despedida: *ut, te duce, quó tendimus, prospere pervenianus, et demum incolumes ad propria redeamus*: para que felizmente llegareis al término de vuestro viaje; y regresareis salvos al seno de vuestra familia; y por tan singular beneficio hemos dado, y damos á Dios las más humildes gracias. Pasada la ansiedad de los primeros días de mortal incertidumbre y vencidos los peligros que amenazaron convertir en holocausto un acto de mortificación y penitencia, os felicitamos, amados hijos nuestros, porque Dios aceptó la grandeza de vuestro sacrificio, y os conceptuó dignos de padecer por el nombre de Jesucristo. No olvidéis en adelante que sois de Dios, á quien de nuevo habéis consagrado vuestra vida.

## II

Del espectáculo grande, amados hijos nuestros, que ofreció á la mirada conmovida del Romano Pontífice la España católica con sus lejanas colonias, despréndense lecciones de trascendencia suma que deben influir en nuestros futuros destinos. Por de pronto, la demostración de los católicos españoles fué la más imponente de cuantas tuvieron lugar durante el Jubileo episcopal de Su Santidad, y la que, al parecer, se llevó la primacía, en expresión del mismo Romano Pontífice. En medio de la decadencia y de la ruina á que nos han arrastrado las conmociones políticas y sociales, y del detrimento que han causado á nuestra grandeza nacional, aún hay algo que nos pone á la cabeza de todos los pueblos: la historia gloriosa de nuestra Patria, monumento imperecedero de la fe católica, conservado al través de aquellas tristes vicisitudes, y siempre dispuesto á producir nuevos frutos.

Por eso nos exhorta el Padre Santo á volver, sin reservas, á los principios que la religión enseña y á las prácticas que prescribe, para dotar á nuestra Patria del poder y del prestigio de mejores tiempos; por eso nos impone la necesidad de dar tregua á las pasiones políticas que nos desconciertan y dividen; á obrar enteramente acordes, guiados por el Episcopado, para promover por todos los medios que las leyes y la equidad permitan los intereses de la religión y de la patria, y para resistir compactos á los ataques de los impíos y de los enemigos de la sociedad civil. Debe hacerse tan anhelada unión en el solo campo religioso, sin reservas, advierte el Padre Santo, y dejando á la providencia de Dios la dirección de los destinos de la Patria, que acaso ocupan en nuestro corazón el lugar primario, debido de justicia á intereses más altos; en la seguridad de que si así obramos, nos dará el Señor resueltos aquellos destinos, como premio de nuestra obediencia y fidelidad.

Medio eficaz para realizar esos fines, es el deber de sujetarnos respetuosamente á los Poderes constituidos, á cuya cabeza se en-

cuentra en nuestra noble nación una Reina ilustre, cuya piedad y devoción á la Iglesia podemos todos admirar, y á quien el Vicario de Jesucristo da público testimonio de su afecto paternal. Hace cuatro meses, amados hijos nuestros, que en una instrucción pastoral, que titulamos *La Voz del Papa*, porque creíamos transmitirnos en ella las enseñanzas de la Iglesia y de su Cabeza Visible, os hemos explicado é inculcado ese mismo deber. El Romano Pontífice, en su memorable alocución á la Peregrinación nacional española, derrama nueva luz sobre las doctrinas por Nos expuestas, las confirma y las sanciona; dirime toda controversia, y deja fuera de duda la aplicación á nuestra patria de enseñanzas anteriores, emanadas de la Santa Sede, que Nós creíamos, y con más razón creemos hoy, obligatorias, por su carácter general, y por su procedencia del infalible magisterio de la Iglesia.

Por tan señalado beneficio damos á Dios humildes gracias; y como estamos dispuestos á reformar nuestros juicios, si en algo inconscientemente interpretáramos impropriamente las enseñanzas de la Iglesia y de su Cabeza Visible, así esperamos que nuestros hijos todos, clérigos ó laicos; acepten respetuosa, clara y públicamente las declaraciones del Romano Pontífice, y cumplan sin ambages ni tergiversaciones los deberes que esas declaraciones imponen.

Más que á otros incumbe ese deber á cuantos con sus escritos, enseñanzas ó conversaciones han contruido á la confusión de ideas que el Papa repetidas veces lamenta; á cuantos dividen los ánimos y fomentan la discordia, atribuyendo los males que nos aquejan á causas secundarias y acaso indiferentes, en vez de remontarse á la causa verdadera, que es la eliminación de los principios que la religión enseña y de las prácticas que prescribe.

Si hasta hoy, con más astucia que ciencia, y acaso con relativa buena fe, ha podido cohonestarse esa conducta, de hoy en adelante es de absoluta necesidad que se pongan al lado del Papa y del Episcopado católico, de una manera clara y terminante, cuantos hacen profesión de hijos sumisos de la Iglesia.

Sabemos por la fe, y la observación á diario lo confirma, que la verdad sola, aunque convenza al entendimiento, no siempre mueve la voluntad, ni tiene eficacia para convertir el corazón. Por eso os exhortamos á todos, amados hijos nuestros, á que al estudio de los problemas que hoy nos conmueven, y á la lectura de los documentos que emanan de la enseñanza infalible de la Iglesia, añadáis la oración, pidiendo al Señor con humildad y perseverancia los auxilios de la gracia, sin los cuales jamás triunfaréis de la obstinación de vuestro propio juicio, ni os convertiréis de veras á Dios. Si así lo hacéis, Dios, que resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia, es revelará, como á cuantos se hacen pequeños en su presencia, los tesoros de su sabiduría y de su amor.

Sea prenda de estos dones celestiales la bendición episcopal y

la bendición apostólica, que, con autoridad del Sumo Pontífice, os damos á todos, en el nombre † del Padre, † y del Hijo, † y del Espíritu Santo. Amén.

De nuestro Palacio episcopal de Oviedo á 24 de Mayo de 1894, festividad del *Corpus Christi*.

† FR. RAMÓN, *Obispo de Oviedo*.

---

## La Exposición general de Bellas Artes.

---

Los diarios de la localidad nos prepararon á recibirla dignamente con las múltiples noticias que á ella se referían; proyectos por un lado, ofrecimientos de premios por otro; medidas encaminadas á asegurar el buen éxito, vías cómodas de expedición para los artistas expositores, planes de atractivos sin cuento para el público rezagado... de todo esto hubo muchos meses antes de abrir sus puertas el Palacio de Bellas Artes.

Y el público está correspondiendo á esos desvelos: bien lo merece la comisión organizadora, y bien lo merece sin ambages la calidad de las telas expuestas.

Lo que se nota ante todo al penetrar en cada una de las salas, es un gran vacío en la casi mitad superior de las paredes, que parecen con su pelada superficie estar doliéndose de la ausencia de *barniz artístico* que tanta falta nos hace: aquel vacío nos probaría, si de ello no estuviésemos convencidos, la indiferencia de los pintores catalanes que encuentran muy llano someter á la crítica extranjera las mejores obras que salen de su paleta: teniendo elementos como tenemos, capaces, indiscutibles, ¿cómo no logran llenarse por completo las salas de la Exposición, cuando ésta abre sus puertas? más aún, ¿porqué no celebrar exposiciones con más frecuencia, anualmente por lo menos?

Y el público, ese público catalán tan ilustrado, tan amante de otras Artes, como la música y la poesía, que gasta un dineral para asistir á la ópera de nuestro Gran Teatro y saca de sus ahorros lo preciso para adquirir una butaca, ¿podrá saberse porqué causa no acoje siempre con deleite un cuadro, una escultura de inspirada concepción? Después de esta última pregunta no extrañamos la apatía de nuestros expositores. Si ahora quisiéramos averiguar el motivo de no celebrarse con más frecuencia esas manifestaciones como la en que nos estamos ocupando, suficientes por sí solas para dar idea de la cultura y de la riqueza de un pueblo, entraríamos en un círculo vicioso. Más vale despreciar pesimistas consideraciones y fijarnos, verdaderamente llenos, de satisfacción, en la masa de abonados que invade el Palacio de Bellas Artes, esforzándonos por hallarnos poseídos de la candi-

dez suficiente para creer que sólo la mueve el amor al Arte, el puro amor al Arte, y en manera alguna la golosina de las tardes de tertulia amenizadas por los conciertos, así como tampoco la risueña expectativa de un baile final de gran etiqueta.

Pero si es relativamente escaso el número de obras, esto no impide que el visitante salga de la Exposición muy satisfecho del análisis general de los lienzos y esculturas. Cuadros como el de Gariani, pongamos por ejemplo, de simplicísima composición, y el de Herbo «Tentation de Saint-Antoine,» sorprendente por la novedad de la factura, tratándose de tema tan manoseado, bastan para acreditar una sección extranjera. Por esto el visitante se detiene ante ellos, así como también ante «La Herrería,» de Graner, que ha sabido presentar nuevos modelos en artísticas agrupaciones, y descendiendo después al salón Central siente emocionado aquellos *primeros fríos* que Blay nos infunde por extraño magnetismo, concluyendo por dirigir sus pasos á refrescar su imaginación con las inocentes reproducciones del arte esceno-gráfico.

Quisiéramos prescindir de hablar de «Sor Sanxa y sus compañeras de caridad,» convencional y poco sentido, dada la magnitud del asunto, pero no podemos hacerlo por ser la primera obra que se ve en la Exposición que nos obliga á fijarnos en ella por sus dimensiones. Apesar de esto, baste con lo dicho. Al lado de ésta figura una «Egiptia,» de Juan Llaverías, de detallada y pacienzuda ejecución.

«Premio sin goce» interesa desde luego por su dramático asunto, muy bien tratado por Gari Torrent; hallamos las figuras reales y ejecutadas con maestría, aunque no todas por igual. Contrasta con este cuadro el titulado «Copiando el modelo;» se ven en último término jóvenes aplicados en hacer lo que nos dice su autor; bien se conoce que aquellos artistas en ciernes aspiran también á un premio, por no decir á muchos, si hemos de juzgarles por la verdadera afición con que trabajan.

«La beguda dels segadors» es una escena animada de la vida campestre, en la que juega la luz de manera irreprochable. Tiene esta *beguda* gran semejanza, casi identidad, con otra del mismo Pinós, que figuró en la última exposición de casa Parés. La que nos ocupa encarna más vigor que aquélla, con toques de una fuerza rayana en la misma verdad. No así la tela de Mariano Oliver, cuyo rostro de San Francisco nos parece el de un cadáver y su visión de espíritus angélicos muy poco capaz de excitarle la piadosa obsesión en que el autor le supone.

Es una nota cómica el cuadro de Asperiz «Buenas tardes, maestro,» dominando en él la cabecita de la niña que asoma en primer término detrás de una cortina, y se hace simpático y expresivo el de Vicente Borrás «En los días del abuelito.»

Luz radiante, filtrándose por las ventanas del templo, cuyas

paredes tienen toda la grandiosidad que las imprimió el arquitecto, pinceladas brillantes, conjunto armonioso, aunque con los defectos que vamos á señalarle, son los atractivos que ofrece el cuadro de Luna (el mayor de la Exposición). El talento del artista esta vez se ha desbordado en inspiración loca y sin límites, presentándonos una multitud delirante y bárbara en el acto de destruir el inviolable reposo de los reyes de Francia. La figura principal de este cuadro es la de una descocada que, con los brazos desnudos levantados en alto, nerviosa y enronquecida incita á la chusma á proseguir en su obra de profanación; es la que tiene más relieve de entre las demás, abigarradas y compactas en demasía para inspirarnos el sentimiento de la indignación que parece debiéramos sentir al contemplarlas.

No dudamos que lo que nos enseña Galofre Oller es un *modelo*, aunque en aquel momento no ejerza de tal; precisamente nos gusta por eso: parece, por la tranquilidad que respira en su conjunto, estar aguardando pacientemente la ocasión de entrar en el taller, esbozado de manera furtiva por su autor en un rasgo de inspiración y acabado despues con más inspiración todavía. No logra impresionar el «Adios al mundo», de Moragas Pomar, pero como cualidad notable sobresale un buen efecto de luz, que irradia á los pies del Crucitijo, luz artificial que contrasta con la espléndida del mediodía, que se derrama toda en un lavadero de las cercanías de Málaga, fresco de ambiente, y correctísimo de dibujo, original de Rodríguez Fernández.

«Se agujo la procesión» es intencionado, expresivo; cada figura, con pensar de distinta manera nos expresa lo mismo, esto es, que no hay más que conformarse y esperar otro tiempo mejor. El niño que está por sentarse en primer término, contrariado y desesperanzado ya de salir, es gracioso y natural en la actitud. Este asunto pintado en tela de grandes dimensiones hubiera resultado más interesante y digno de elogio. ¿Porqué han de reservarse éstas á los asuntos históricos? ¿No es por ventura digno un tema como el presente de trasladarse á más amplias perspectivas y en figuras de tamaño natural? Viniestra nos hace una apología del torero: en lugar de presentarnos éste entre majas y chulas en una juerga, le coloca ante un altar, lleno de verdadera devoción, al lado de una mujer (que suponemos será su legitima esposa) impetrando los auxilios de Dios y la Virgen para su mayor acierto en los lances de la lidia; todo está muy bien, colorido, dibujo y sentimiento piadoso en las figuras.

«¿Será difteria?» Ahí está el médico para averiguarlo; un verdadero tipo de médico, exacto, cabalísimo, sosteniendo con la mano izquierda la barbita del niño y con la derecha la cucharilla que hace presión en la lengua para poner en evidencia la laringe; ambas manos, tostadas por el sol, así como el color de su tez, que encuadra una caballera sedosa, blanca y larga; bien se

ve que es un médico de aldea acostumbrado á andar leguas en su caballo, que está guardando un muchacho, su criado sin duda. ¿Qué diremos de Urgell? Que sus «Campos de soledad» como su «En entredicho» de la sala 5.<sup>a</sup> rebosan melancolía..... porque Urgell y melancolía son correlativos. La «Extraviada» de Coll y Pi (no la de Díaz y Olano que es superior á ésta, como veremos) acusa buenas disposiciones en su autor ya que contiene excelentes pinceladas; es un cuadro estudiado con cariño y ejecutado con bastante éxito.

Montserrat y Jorba nos presenta dos retratos; el de la sala 1.<sup>a</sup> es el de D. José Ferrer y Vidal y el de la sala 4.<sup>a</sup> el de D. Federico Schwartz. Muy escasa anda nuestra exposición de retratos dignos de elogio, porque si contado es el número de los retratos, mucho más lo es el de aquellos que la crítica puede informar favorablemente; á estos últimos pertenecen los del Sr. Montserrat, notables por reunir las condiciones que ha de poseer todo retrato, esto es, á un exacto parecido físico la vida necesaria para darnos á conocer el carácter y temperamento del individuo. Solá Vidal ha pintado un bello paisaje de sabor verdaderamente campestre, realizado por dos figuras que son las que nos dan el título «Tornant de la font». No queremos abandonar esta sala 1.<sup>a</sup> que es la que acabamos de analizar, sin detenernos, siquiera un minuto, ante el cuadrado «Un voto á la Madonna» de Cabrera y Cantó, lamentando únicamente no tenga un poco más de relieve.

Si Francisco Masriera se propuso idealizar una niña por medio de la pintura «La vispera de la comunión», nada hay que oponerle; más que una figura humana parece una evocación; por reunir soltura, sin la afectada naturalidad de la modelo más nos gusta «La marchande de modes» que otro alguno de este autor: su «Fatigada» es un derroche de colorido y elegancia, echándose de ver esa pícaro modelo de que hablamos. Inferior en mérito, aunque con cierta paridad de procedimiento, está la mujer de Ribera, más bien difusa que contorneada, siendo de admirar que el mismo que ha pintado «Al amanecer» sea el autor de «Salida de baile».

Vancello y Vieta, paisagista sentimental y expresivo en la misma aridez de la naturaleza muerta, expone una copia del natural que denota un pincel fácil y un artista de inspiración fresca y atrevida ejecución: aquellas brumas de color parduzco, aplomadas y prolongadas en el fondo del cuadro nos dejan al descubierto un primer término arrancado de la realidad; nos hizo sentir de veras. Alejo Clapés nos presenta una serie de pobres que á los pies de un Crucifijo están impetrando sus favores; lo hallamos todo convencional y exagerado y creemos que Clapés queriendo imponer, decae á fuerza de extremar la nota. Verdad y sentimiento encontramos en el «¡¡Regreso!!» de Carbonell y Selva

y elegante corrección en «Mary» de Feliu. Corrección y elegancia asimismo en «Pintura» de Borrell y Plá, quien en una cabeza de estudio de la sala 3.<sup>a</sup> se sostiene con ventaja. «Une grisette» de Ricardo Planells muy graciosa y un patio de Triadó Mayol, típico y original en la factura, acusando el estilo del joven artista, es lo único que nos resta ver de la sala 2.<sup>a</sup>

Entrando en la siguiente nos prepara bien un cuadrito de Baixas, «Buena pesca» diestramente ejecutado. «La mesa grande» da ocasión á Cecilio Pla de trazar grandes pinceladas, unas defectuosas, precisas y magistrales otras: hé aquí un cuadro que podría resultar altamente simpático por su asunto, de que el autor no supo sacar todo el partido; nos hubiera complacido más reduciendo las figuras y esparciendo aire y luz doquiera. Meifrén, el de las marinas, da ahora más importancia á otros elementos que al suyo favorito (el agua), por lo cual no se sostiene á la altura de siempre, sin querer esto decir que aquellos marineros no estén traídos con arte. José M.<sup>a</sup> Marqués, apartado de nuestras exposiciones de un tiempo á esta parte, reaparece en la actual con varios cuadros: en esta sala tiene dos; uno de ellos representa una calle de San Julián de Vilatorrada, que señala hábilmente la separación de los primeros á los últimos planos: el otro «La novia», acusa la seguridad y corrección en el dibujo, del que cuida esmeradamente Marqués en todas sus producciones. «Malattie ereditaria», de García Ferrández, es una visita de médico bien tratada: la figura de éste en actitud de auscultar al enfermo tiene relieve, así como también la otra, con algunos detalles dignos de estima. «La rogativa», de Borrás Avella, con ser un cuadro de mediana ejecución, mueve á risa por lo chistoso de su argumento. «Venite en prandete», de Llimona, nos complace en extremo atendiendo á su paisaje, bien trazado en todos sus términos; no así las figuras de Jesús y el Apóstol, que nos resultan mezquinas; no se nota en el Maestro una expresión atractiva y noble, antes al contrario, presenta el aspecto de una figura vulgar.

«El preso», de José Abarzuza, colocado en la sala cuarta, nos expresa el afán de libertad y el ansia de respirar fuera de las insalubres paredes que le comprimen: las manos asidas á los barrotes de la reja para ayudar al equilibrio del cuerpo, sostenido en las puntas de los piés, con el objeto de gozar con la vista de las escenas que pasan tal vez muy lejos de aquella cárcel, su actitud, en una palabra, señala de un modo gráfico el estado de ánimo de aquel hombre. El estudio al desnudo de Casas nos hace protestar, sin quererlo, de esta clase de pinturas: no es que seamos partidarios de proscribir en absoluto el desnudo (expresión la más intensa de la belleza plástica, por lo mismo que no admite subterfugios), pero nos desagrada la obra de esta naturaleza que á su manifestación externa une intención profunda y picaresca;

de este mismo exceso adolece un cuadro colocado en la sección extranjera. El desnudo serio, el verdaderamente artístico, es el de la «Esclava», de Sans Castaño (sala 7.<sup>a</sup>), que en este sentido no deja qué desear: tocante á su factura (aun á trueque de alterar el orden de nuestro examen), en la palidez de las carnes y en la actitud resignada y suplicante, justifica por entero su situación. Zuloaga alardea una vez más de las extravagancias de su ingenio; no atinamos á qué conduce su manera de hacer entre *modernista* y anticuada; lo primero por lo que se dice, lo segundo por lo que se ve. Después del «Retrato» de Utrillo, y la «Rosalia» de Brull que por su finura parece una acuarela, vemos un cuadro de Barrau «La misa matinal», si bien algo lánguido en pinceladas de su paleta privilegiada.

A Graner, con haberle admirado mucho, esta vez, además de admirarle, le aplaudimos de corazón.

Nuestros artistas parece que descubierta ya un género, una especialidad en consonancia con sus facultades inspiradoras, ya han llegado al término de su camino; que su pincel ha de obedecer únicamente á su mano guiada cada vez más remotamente por su talento de inventiva; y una vez dominada, no la técnica del Arte, sino una parte de técnica de la porción de este Arte, ¡cuán cómodo resulta aquel procedimiento! y también ¡cuán poco fructífero y cuán empalagoso! Por esto son de apreciar las tentativas encaminadas á obtener la mayor variedad dentro del estilo propio del artista. «La ferrería», sin apartarse del estilo de Graner, nos presenta una composición en toda regla, meditada y trabajada con talento: la luz que refleja la fragua es buena prueba de los alientos de su autor, que ha sabido concentrar en su tela el ambiente y el colorido propios de una herrería de verdad.

Dos cuadros de asunto religioso encuentra el visitante entrando en la sala 5.<sup>a</sup> á la derecha; «Sagrado Corazón de Jesús» y «Rosa Mistica», ambos de Laporta Valor, formando *pendant* y mejor dicho, pareja; á primera vista seducen por la buena impresión que causan, pero, sin querer negar sus buenas cualidades, más vale apreciarlos en su conjunto que fijarse en los detalles. Ruiz Luna ha demostrado en su «Lepanto» ser un hábil colorista, un excelente pintor si se quiere; con todo, y aun temerosos de decir una heregia, podemos asegurar que la cotemplación de esta tela nos ha trasladado instintivamente á la de Luna, á pesar de tratarse de asuntos que ninguna relación tienen entre sí, llegando á ser hasta antagónicos. ¿Porqué motivo juega tan poco en nuestro ánimo el horror de la batalla, como la profanación, del artista filipino? averigüelo quien ejerza la crítica con más clarividecia que nosotros.

Impregnado de sentimiento dulce, profundo y tranquilo, aparece el amplio lienzo de Soler de las Casas «Resplandors de ca-

ritat» que reúne la cualidad de artista en doble grado, por ser también poeta, y lo sacamos á colación porque esta obra parece una síntesis de su temperamento soñador en grado sumo.

La «Dona nua,» de Pichot, que se encuentra en la sala 6.<sup>a</sup> con guardar una actitud muy semejante á la de Casas, nos parece más aceptable que aquélla, en cuanto en medio de su estado, presenta cierta ingenuidad si es no es artística. D. Pablo M.<sup>a</sup> Bertrán expone tres cuadros, los tres dignos de mención. El primero señalado en el Catálogo es un excelente retrato del doctor Ferrán estudiando en su laboratorio: otro de señorita y «Toilette» se distinguen por su excelente factura así mismo. De todo lo que expone Bocquet y Ortega, lo que nos dice más es el «Estudio» colgado en esta sala, de una pastosidad y un vigor suficientes para acreditar la firma de tan joven artista. Muy ocurrente es el «In fraganti» de Alsina y Trayter; una escena de la vida estudiantil sorprendida sin duda alguna del natural, de la misma manera que su autor la titula. «Lo retorn del casament» agrada por cierto sabor popular que respira en su conjunto y por el aire bullicioso de las figuras.

«Fextraviada». Esta es aquella á que nos referíamos al principio de esta revista. No hay necesidad de consultar el Catálogo para bautizar el cuadro de Díaz y Olano: sin la más mínima contracción facial que indique el estado de ánimo de aquella hija elegante detenida en mitad de la calle por su humilde madre, vemos reflejada en aquel rostro una inquietud y una turbación magistralmente traducidas: tal vez temeroso el autor de acentuar la nota, privó de energía y sentimiento suficientes á la mujer y al hombre (los padres de la perdida). De veras lo lamentamos.

La «Magdalena» no nos resulta tanto como Garmelo quiso que nos resultase: *ella*, á no estar arrodillada, no sabríamos si suplica ó pide perdón; sus facciones no expresan nada, la niña, que parece una muñeca, está falta de base, siendo bastante de notar la testa del padre, y los accesorios de la habitación, en nuestro sentir lo mejor pintado.

La sala 7.<sup>a</sup> es la última de la sección española: Ribas y Oliver exponen en ella «Limpiando el pescado» y «La lectura» en los que se ven condiciones dignas de apreciar. José Aguilar un «Nazareno» de hermosa testa: D.<sup>a</sup> Mercedes Gosch un «Fraile Franciscano» de toques firmes y luz bien proyectada. Extraña impresión produce el lienzo ¡Loca! de Cabrera y Cantó, ya que buscando el autor grandes efectos ha acentuado la expresión de la mujer sin dar con la de verdadera locura. Por último, cabe citar el cuadro de Borrell Pla «Estudiando,» que se recomienda por su delicada factura.

ALFREDO ELÍAS.

(Concluirá)



## LA MÚSICA POPULAR

A MARIANO VINYAS.

¿Has podido olvidar, querido Mariano, el delicioso rato que pasamos hace pocas tardes? Imposible. Hay momentos en la vida, que dejan tras de sí recuerdos tan gratos y de un dulzor tan exquisito, que tardan muchísimo tiempo en disiparse, y aun así y todo, vuelven de vez en cuando á refrescar el fatigado espíritu. De mí sé decirte que recogí tanta alegría en aquella tarde, que he de tardar mucho tiempo en concluirlo, á no ser que un golpe imprevisto de los que nos tiene preparados la desgracia la trueque, para mi desdicha, en llanto y melancolía.

Parece empresa facilísima alegrar á los que, por fortuna ó por desgracia, poseemos un carácter franco, bromista y comunicativo, y hasta burlón, si tú quieres, y nada más difícil. Precisamente por esas especialísimas condiciones de carácter, y por la prontitud de ver en seguida el lado cómico de todas las cosas, cuesta muchísimo despertar la alegría que pronto anima otros semblantes. Hablo de esa alegría ficticia, relativa, artificial, ó como quieras llamarla, y que hace olvidar, si quiera sea por breves momentos, sinsabores y molestias; de ninguna manera de aquella alegría que únicamente puede producir la verdadera tranquilidad de espíritu, y que es patrimonio exclusivo de los justos.

Pero esa otra tarde fué distinto. Acaparé á manos llenas la alegría, y experimenté emociones purísimas; y al escuchar las notas que tan bien arrancabas al piano y que denotan tu alma de artista, sentí hondo y fuerte; y cuando éstas eran vigorosas, febriles, dramáticas, plañideras, enérgicas y movidas, lenguaje, en fin, de grandes pasiones, corría el llanto de mis ojos y, sufriendo una especie de conmoción y sacudimiento nervioso, mis recuerdos adquirían, sin poderlo remediar, un tinte de tristeza y amargura que fué disipándose y se convirtió en regocijo cuando los sonidos fueron delicados, tiernos, melancólicos, amorosos, llenos de juventud y frescura; transición parecida á la del fatigado caminante que ve á lo lejos la torre de su aldea y el techo de la cabaña donde le aguarda su familia. Luego, al interpretar la música española, la genuinamente popular, conjunto de rayos de luz, pedazos de cielo azul, regocijo, francas carcajadas, resplandor del sol de Andalucía, ecos de jotas y rondas aragonesas, sardanas, serenatas, canciones amorosas ó himnos de independencia, mis manos se juntaron para aplaudir, y expresar de algún modo la alegría que me dominaba.

Más tarde hablé de música, y, aunque enteramente profano en la materia, me atreví á exponer mis gustos delante de aquel cuarteto de artistas, y, sin acordarme de que era importuno, emití mi parecer liso y llano. Por olvido, y no por otra cosa, dejé de mencionar uno de los instrumentos musicales que más me han hecho sentir en este mundo

y que no por ser muy conocido es menos digno de estima: la guitarra. De ello voy á hablarte en esta carta, que podrá servir de epílogo, aunque malo, á nuestra memorable reunión.

El pueblo es poeta y músico. Javier Marmier, el ilustre recolector de los *Cantos éuskaros*, dice en una obra que leí hace seis ú ocho años, y que no recuerdo como se titula, que hay dos poesías que brotan como dos flores de un mismo tallo, que corren juntas como dos arroyos limpidos y perfumados, que tienen su origen en la misma fuente y dadas á luz como hermanas por la misma naturaleza ideal: la poesía y la música populares. Los medios por los cuales se manifiestan ambas poesías, son la copla y la guitarra. Nada he de decirte hoy por hoy, por más que el asunto me sea muy simpático, de los cantos populares que tan felizmente define el gran Herder en su *Volsklíder* «archivos del pueblo, tesoro de su ciencia, de su religión, de la vida de sus padres, de los fastos de su historia, expresión de su corazón, imagen de su interior en la alegría y la tristeza, etc., etc.» y que bastan por sí solos para comprender el carácter de un pueblo y seguirle poco á poco en sus crisis de pasión y sentimiento, ya que en ellos vierte todas sus fatigas, todas sus inquietudes y todos sus amores. He de dejar este asunto para ocuparme exclusivamente de la guitarra, á quien Javier Montalvo apellida «Arca santa de la armonía del pueblo, donde guarda las lágrimas con que acompaña sus inspiraciones; dulce compañera de la vida del campo y del taller; remediadora de las penas del pobre; alma de esta patria loca, de esta tierra de España, donde se cree en Dios viendo el rostro de una mujer, y donde se muere olvidado y sonriente con la sonrisa del desprecio y de la esperanza infinita »

En sus seis cuerdas, más vibrantes que las fibras del corazón que siente y más sonoras que el viento al cortarse en las crestas de las montañas, se encierra el llanto y la alegría, la pena y el consuelo, en una palabra, la infinita gradación del sentimiento que oprime ó vivifica, según la modalidad expresiva de sus notas.

No porque la guitarra sea un instrumento genuinamente popular ha de hacérsela de peor condición que á los demás instrumentos, olvidando su potencia artística y su notoria ventaja para expresar sentimientos delicados. No creo que pueda admitirse tamaño error. Pues qué, la guitarra ¿no tiene su distinción clásica? ¿no tiene escuela y literatura? ¿no ha recibido merecida distinción de hombres de estudio y de talento, como Vizco, Soro, Arcas, Aguado, Santapau, Majón y otros?

¡Qué diferencia tan grande existe cuando en la guitarra no suena más música que la que el pueblo considera propia y exclusiva, como acompañamientos sencillos y aires nacionales, y cuando interpreta piezas tan intrincadas y difíciles como el *Trémolo* de Goltschal, cuyo inmenso caudal de notas parece inverosímil puedan expresarse con tan sencillo instrumento!

Hay que convenir en que la guitarra, no por ser casi siempre órgano de la musa del pueblo y alma de las rondallas y serenatas, deja de reclamar el arte en su ejecución y un puesto entre los instrumentos de

armonía y canto, ya que no hay armonía, ni regla, ni capricho, que no pueda ejecutarse en la misma. A veces, especialmente cuando se producen trinos y arrastres, confunde uno las vibraciones de la guitarra con los ecos, ya dulces, ya quejumbrosos y siempre conmovedores, del instrumento que ha hecho célebres á Paganini y Sarasate; y aquellas notas, que transportan á regiones desconocidas pero hermosas, y aquellos sonidos, ora lentos y monótonos, ora nerviosos y de exaltada bravura, melancólicos como el recuerdo, como la desventura, lánguidos, siempre bellos como la idea del bien y siempre tristes como las tintas pálidas del otoño, hablan muy en favor del arte y mérito del popular instrumento.

Y escuchando las notas que arrancan los maestros, nos encontramos unas veces en la atmósfera embriagada por el aroma de las vegas fértiles y otras en la de las plomizas montañas, donde los ruidos se pierden y la soledad reina como dueña absoluta; bastando el cambio de tono, una sola nota, para darnos á conocer el quejumbroso alarido del pastor montañés, el sentimiento apasionado de la gitana andaluza, el eco seco y nervioso de Castilla y el querer franco y rudo del Aragón bravío.

Ahora bien: es indudable que los efectos que experimentamos al escuchar una pieza en la guitarra, dependen en primer lugar del gusto artístico del que la toca; mas nadie duda que el mejor medio para encauzar este gusto por la senda del recto sentido es el buen modelo.

Ojalá que los aficionados á tan popular instrumento, fijos en las reglas marcadas por los entendidos y con sujeción á los buenos modelos, lo coloquen en el puesto que merece y á que es acreedor por sus bondades y por su historia.

Y permíteme, querido Mariano, que termine esta pesada carta copiando unas palabras del ya citado Montalvo. «Y cuando la muerte pose su mano sobre mi vida, cuando una losa cubra mi cuerpo, allá donde Dios quiera; que llegue el eco de la guitarra, con el canto de mi pueblo, á remover en alas del viento las parásitas plantas que sobre mi sepulcro crezcan.»

Cuenta siempre con el verdadero cariño de tu mejor amigo,

A. TORNERO DE MARTIRENA.

*Barcelona 1.º de Junio de 1894.*

---

## EL EXAMEN DE FRANKLIN

### ARTE DE SER DICHOSO

Crean algunos que el examen diario de la conciencia es cosa de *beatos*, como suelen llamar á los buenos cristianos, y no saben que ese examen es la base de la perfección humana y está de acuerdo con la más profunda filosofía.

Benjamin Franklin, el inventor del pararrayos, uno de los hombres de más talento de América, que de pobre cajista de imprenta llegó á Embajador de los Estados Unidos en Inglaterra, hacía todos los días este examen porque comprendía que el hombre nace bestia y necesita perfeccionarse.

Oigámosle:

«En mi juventud, dice, concebí el difícil y atrevido proyecto de llegar á la perfección moral. Quería preservarme de todas las faltas á que una inclinación natural, la costumbre ó las personas con quienes trataba pudieran incitarme.

»Con este objeto emprendí el método siguiente: arreglé un librito con diez casillas, una para cada día de la semana, y escogiendo después diez virtudes, puse sus nombres en dirección vertical. Cada noche, antes de acostarme, examinaba las faltas que durante el día había cometido y las marcaba con un lápiz, hasta conseguir que no hubiera ninguna.

»Quedé aturdido al considerar que cometía muchas más faltas de lo que yo me figuraba; pero tuve también la dicha de verlas disminuir.

»Hé aquí los nombres de las virtudes:

»*Templanza*.—No comas hasta hartarte; ni bebas hasta emborracharte.

»*Silencio*.—No digas sino lo que pueda ser útil á tí ó á otros.

»*Sinceridad*.—Piensa lo que has de decir y dí lo que piensas.

»*Orden*.—Que cada cosa tenga su sitio y cada labor su tiempo.

»*Economía*.—No gastes nada inútilmente.

»*Trabajo*.—No estés nunca sin hacer algo.

»*Justicia*.—No hagas mal á nadie en hecho, dicho, ni por deseo.

»*Paciencia*.—No demuestres nunca tu enfado.

»*Tranquilidad*.—Imita á Jesús.

»Puede ser útil, concluye diciendo, que mis descendientes sepan que gracias á este método, uno de sus antecesores ha sido dichoso, ayudado de la gracia de Dios, hasta los setenta y dos años, en los que está escribiendo estas líneas.»

Dignas son de estudio y meditación las anteriores hermosas máximas, para adelantar prácticamnte en la virtud y la felicidad.

Aprendamos también todos de Franklin á no dejarnos dominar por nuestras pasiones y de seguro que alcanzaremos aún aquí en la tierra una felicidad que sólo es dado gozar á los hombres de bien.

F. B. M.

## TÍO, ¿BAILO?

¡Qué amable es D.<sup>a</sup> Serapia! ¡qué simpática! ¡qué cariñosa! Ha ofrecido acompañarme esta noche al baile de Euterpe, y como usted, querido tío, es tan bondadoso, no dudo me dejará ir. ¿Verdad, tío de mi alma, que el baile no es malo? ¿Verdad que iré al baile con D.<sup>a</sup> Serapita?

—Te diré, hija mía, te diré. El baile en los antiguos tiempos, cuando el Santo Profeta David, poseído de fervoroso entusiasmo, bailaba delante del Arca de la Alianza, no hay duda que, como expresión de amor y de piedad, era una...

—Si yo no pregunto eso, tío.

—Pues ¿qué me preguntas, hija?

—Lo que yo pregunto á usted, es, si el bailar es malo y si me dejará usted ir con D.<sup>a</sup> Serapita al baile de...

—Te diré, hija mía. La danza entre paganos se usó en el culto de los ídolos: los gentiles, honraban á sus nefandas divinidades por medio de danzas licenciosas. Cicerón, encargado de la defensa de Lucio Murena, cónsul romano, decía hablando del baile que: «nadie, á no estar ebrio ó loco, podía bailar en particular, ni en un banquete, porque el baile es el último de los vicios, y el que los compendia todos.»

—Pero, tío; ¡Si no le pregunto á usted nada de Cicerón!

—Pues te hablaré de Demóstenes. Demóstenes, príncipe de los oradores griegos, queriendo hacer odiosos á los cortesanos de Filipo, rey de Macedonia, les imputaba públicamente el haber bailado: Ovidio á pesar de ser un poeta voluptuoso y poco severo, llama á los bailes escollos del pudor. Séneca, Platón, Aristóteles...

—Pero tío...

—Vamos, entiendo; no eres amiga de paganos, me alegro; porque á mí tampoco me gustan; eran mala gente. Sin embargo, en punto á bailes tenían opiniones muy severas. Domiciano expulsó á varios senadores sólo por ser bailarines, y el Senado, en tiempo de Tiberio, desterró de una vez de Roma á todos los danzantes.

—Tío, ¡por el amor de Dios!

—Es verdad, hija mía, hemos quedado en no hablar de los paganos, y se me había ido ya de la cabeza. Pasaremos á mejor fuente.

El Espíritu Santo dice expresamente por boca del Eclesiástico: «No frecuentes el trato con la bailarina ni la escuches, porque no perezcas con su eficacia.» Y añade por boca del profeta Isaías: «Por cuanto se alzaron las hijas de Sión, anduvieron estiradas de cuello, é iban guiñando con los ojos, y caminaban ha-

ciendo ruido con los pies, y andaban con pasos acompasados; raerá el Señor la cabeza de las hijas de Sión y desnudará el cuello de ellas.»

—Si no es eso, tío.

—San Efrén, Padre de la Iglesia, exclamaba de esta manera: ¿Quién podrá demostrar por la Sagrada Escritura que el baile es permitido á los cristianos? ¿qué profeta lo enseñó? ¿qué evangelista le autoriza? ¿en qué libro de los apóstoles se encuentra un texto favorable á los bailes? Si una diversión semejante puede ser lícita á los cristianos, es preciso convenir que todo rebosa errores en la ley de los Profetas, en los evangelios y en los escritos apostólicos; mas si al contrario, si las palabras de estos libros sagrados son verdaderas é inspiradas de Dios como lo son, indudablemente está vedado á los cristianos seguir tales diversiones. Tertuliano representa los salones de baile como templos de Venus y cloacas de impureza; San Basilio los pinta como emporios de obscenidad; San Juan Crisóstomo los llama escuelas de pasiones impuras; San Ambrosio los titula escollos de la inocencia y sepulcros del pudor, y San Agustín dice: más vale en domingo cultivar la tierra, que bailar.

—Tío, usted se ha propuesto que yo sepa lo que dicen todos los Padres antiguos, cuando lo que yo quiero es...

—¿Que te hable de los modernos? con mucho gusto. La danza mundana, dice San Carlos Borromeo, viene á ser un círculo cuyo centro es el demonio, y cuya circunferencia son sus esclavos; el uso de los bailes, dice San Francisco de Sales, es tan ocasionado al mal, que el alma corre en él los mayores riesgos; así como hay plantas, dice el mismo Santo, que atraen el veneno de las serpientes, así los bailes atraen el veneno de las pasiones.

—¡Tío de mi alma! eso es demasiado. Más valía que me hablase usted claro.

—Para claros los concilios, hija mía. ¡Oh qué claros eran!

El concilio de Constantinopla prohibía los bailes públicos bajo excomunión; los de Laodicea y Lérida los prohibían hasta en los desposorios; el de Aquisgran los llamaba cosas-infames; el de Ruan, gran locura; el de Tours, trampas del demonio.

—No se moleste usted, tío; basta yá, basta.

—Pues ¿los poetas? ¿qué te diré de los poetas? La danza, dice Petrarca, es un espectáculo indigno de un ser racional, repugnante á los ojos castos, preludio de pasiones, manantial de infamia, origen de desarreglos; Bayle (el ateo) añade que sólo sirve para estragar el corazón y hacer guerra á la castidad; Bussy Babutin, concluye que la razón y la experiencia han demostrado siempre el peligro de los bailes, y que opina que todo buen cristiano debe abstenerse de ellos.

—Tío, si usted no dispone otra cosa, me retiro.

—¿Tan pronto, Serafinita?

—Sí, tío, me duele un poco la cabeza. Y además, puesto que ya dice usted que el bailar es malo...

—¿Yo, hija mía? yo no he dicho eso. Al contrario; he dicho que el Real Profeta bailando delante del Arca de la Alianza dió una gran prueba de amor á Dios, lo cual demuestra que el baile lejos de ser malo en sí mismo, puede ser una cosa muy meritoria.

—Entonces ¿por qué no me deja usted ir con doña Serapia á ...?

—¿A bailar con el Real Profeta? No hay inconveniente.

—No señor, á Euterpe. Ya sabe usted bien que doña Serapia es una señora muy cristiana y muy escrupulosa y...

—Y muy amiga de Euterpe. No; hija mía, en eso ya no estoy conforme.

—¿Por qué, tío?

—Porque de Euterpe á Eu...torpe, no va más que una letra, y temo que incurráis en alguna falta de ortografía.

—Pero, tío, usted cree que somos capaces de....

—¿De equivocarnos? Sí, hija mía. El que tiene boca se equivoca. Mira el año pasado se equivocó doña Romualda, la señora aquella de las greñas erizadas, y de resultas de la equivocación se las arrancó todas su marido en una noche. ¡He visto tantas equivocaciones en los bailes! ¡He conocido tantos matrimonios desavenidos, tantas personas difamadas, tantas familias infelices! Y es que como el baile consiste en hacer piruetas, nada más fácil que hacerlas mal y dar un traspie.

—De manera, que según usted, el baile no es malo sino difícil.

—Exactamente.

—Por lo cual, habrá que bailar por principios y con auxilio de maestro.

—Cabalito.

—¿Y qué maestro le parece á usted, tío, que me convendría á mí?

—El padre Basilio.

—¡Ave María Purísima!

—No te asustes, hija mía, que no he dicho ningún disparate.

—¿Pero usted cree, tío, que un respetable religioso pueda dignamente dedicarse á dar lecciones de baile?

—¿Pues no hemos quedado en que el baile no es malo?

—Sí, señor, pero....

—No hay pero que valga, hija mía; si el bailar es bueno, no debe haber inconveniente en que se empleen hasta las personas más piadosas; y si es malo...

—Bien, tío, pero es que hay cosas que aunque no sean completamente malas ..

—Tampoco son completamente buenas? Pues mira, esas son las cosas que no debe hacer nunca una mujer de bien.

(De la *Lectura Popular*.)

A. C. y G.

---

## EL TRABAJO DEL LUNES

---

Un oficial de carpintería de una pequeña ciudad, buen padre y hombre honrado, aunque algo débil de carácter y un poquito amigo de embriagarse, trabajaba mucho, y, sin embargo, nunca salía de deudas. Su hija, piadosa niña de catorce años, á quien él quería mucho, se apercibía de que su padre perdía siempre el trabajo del lunes, no haciendo nada de provecho. Cobraba el sábado los jornales de la semana, y el lunes siguiente se marchaba á gastar una gran parte de ellos.—Padre mío, le dijo un día su hija, hazme un mobiliario para el día que me case; quisiera un buen armario, una mesa, sillas y todo lo concerniente.—No pienses en ello, hija mía; no tengo tiempo.—Yo te lo suplico, padrecito mío; te querré tanto... mira, mañana es lunes, día en que tú no haces gran cosa: trabaja un poco, pues, por tu Lijita, y yo te prometo hacerme acreedora á ello con mi comportamiento y pagarte en buena moneda del corazón.

Tanto le rogó, que al día siguiente el padre se puso á cepillar dos tablones para su hija, y como ésta le colmaba de caricias mientras trabajaba, le pareció el tiempo corto. Al lunes siguiente, las mismas instancias y el mismo resultado. El armario fué pronto terminado, encontrando el padre gusto á la tarea á medida que avanzaba en ella; y cuando veinte ó veinticinco lunes fueron transcurridos, el pequeño mobiliario estaba completo y la taberna apenas había sido visitada por él. Nuestro obrero estaba lleno de gozo de la felicidad de su hija, y además había adquirido el hábito de trabajar el lunes, con el cual continuó ya siempre.

—Lo que haces no es justo, díjole un día la jovencita; yo te he enseñado á trabajar el lunes, y lo que ganas en dicho día debe ser para mí; tú no ganabas nada antes; dame, pues, el sábado sobre tu paga el jornal del lunes, y yo los meteré en mi bolsita. El buen padre consintió también, y la hija nada dijo de lo que hacía con el dinero que cada semana recibía, así como tampoco que cada día dirigía una ferviente súplica á Dios, á fin de que sus esfuerzos para corregir los pequeños defectos de su padre tuviesen éxito. Un año transcurrió así; el obrero estaba encantado de haber perdido una mala costumbre, así como de haber complacido á su hija; pero él continuaba teniendo poco orden, y al cabo del año el invierno fué rudo, el trabajo faltó, el

final de Enero se presentó, y sin tener con qué pagar ni con qué alimentarse. El desconsuelo era tan grande en la familia, y la hija sorprendió un día á sus padres llorando; y sin decirles nada, corre á su cuarto y trae una pequeña caja cuidadosamente envuelta, la abre, y cien pesetas en monedas pequeñas salen de ella.

—¡Mi querido padre!, dijo ella: tú trabajabas el lunes. ¿Crees haberlo hecho por mí sola? Lo has hecho por mi madre, por mis hermanos y hasta por tí mismo; tú has trabajado y yo he ahorrado.

El padre llora de gozo abrazando á su hija, prometiendo solemnemente ser fiel á los dos preciosos hábitos del orden y la economía, así como á un tercero que anima y fortifica los dos anteriores: éste es orar á Dios y darle gracias por haber sido secundadas las buenas aspiraciones y los ingeniosos esfuerzos de su excelente hija.

(De *El Pilar* )

---

## CUADROS DE LA VIDA MODERNA

---

### UNA FAMILIA..... COMO HAY MUCHAS

—Los señores y las señoritas han salido; pero la señora no se ha retirado todavía.

Esto me dijo el criado que acudió á recibirme, no bien pisé el umbral de la lujosa casa.

La *señora* llamaban allí á la madre del dueño, el conocido y opulento señor X..... Era aquella dama de tanto ingenio como cultura, en cuyas conversaciones habia aprendido yo muchas cosas interesantes del pasado. No consideré, por lo tanto, perdida mi visita, y entré en el saloncito de confianza donde la venerable anciana se hallaba.

Al penetrar en la estancia, se notaba el aroma que dejan detrás de sí las mujeres elegantes cuando pasan.

—Hay aquí perfumes de juventud y de hermosura,, dije después de saludar á la señora.

—Se acaban de marchar mis nietas con su madre al baile, y han venido á decirme «¡Adios!» Iban preciosas.

—El que lo hereda no lo roba.

—No sea Vd. adulator y siéntese, si no le arredra pasar un rato con una vieja sorprendida *infraganti*.

—¿Cómo *infraganti*?

—De delito de cursilería, el más grave que se puede cometer, según mis nietas. ¿No ve Vd. que estoy haciendo media?

En efecto, en el costado izquierdo de la buena señora se destacaba un torneado palillo; su brazo sostenía primorosa cestita de mimbre, en la que colgaba un ovillo; con el dedo meñique de la mano izquierda echaba en la acerada aguja una hebra; la recogía con la mano derecha, y unidas las dos, que eran blanquísimas como azucenas, volvían con rápido movimiento el punto, no dando tregua á la ágil faena. Una larga aguja unía su brillo argentado al de las canas en que se prendía, atravesando la toquilla de blonda negra, y aquella señora, sentada al lado de la chimenea y alumbrada por la luz de la lámpara que se cobijaba bajo monumental pantalla de encaje blanco y trasparente, era la deidad venerable del hogar, velando mientras los demás se divertían.

—Puede que tengan razón mis nietas, continuó reanudando la conversación, pero yo no puedo prescindir de esas costumbres que me enseñó mi madre, y haciendo puntos, creciendo y menguando, me distraigo de muchas preocupaciones y pienso en muchas cosas.

—Las preocupaciones de Vd. no deben ser muchas: respeto, consideración, una familia feliz, nada le falta.

—Por mí no puedo menos de bendecir á Dios que me da mucho más de lo que merezco; pero me preocupan mucho los otros.

—¿Los otros?

—Sí, señor, mis hijos, mis nietas, á los que dejaré pronto, por una ley natural, y que cada día que pasa me tiene más inquieta.

—Esas son apreciaciones naturales del cariño; pero crea usted, que cuando se tiene, como ellos, posición, riqueza y salud, se puede mirar tranquilamente el porvenir.

—Sí, pero esos beneficios que deben los míos á la bondad de Dios y á la previsión y á la conducta de sus padres, pueden perderse con mucha facilidad.

—Esos son sueños.

—Usted es un antiguo amigo; ha llegado en un momento en que mi alma necesita expansión, y quiero hablar con Vd. con completa confianza.

—Usted me honra.....

—Tengo un poco de experiencia y creo conocerle. Aquí, amigo mío, en esta casa, en la que parece haber derramado todas sus bendiciones el cielo, falta algo esencialísimo.

—No se nota á primera vista.

—Pero se nota á poco que se medite. Faltan precisión, tacto, seriedad, mil detalles que parecen inútiles y son esencialísimos. Mi hijo come muy pocos días en casa; su mujer, de la que nada grave puede decirse y á la que yo quiero como una hija, lleva, á pesar de sus dieciocho años de casada, una vida alegre y aturrida como la de una colegiala, y mis nietas desde que volvieron

del colegio de Inglaterra me parecen, á pesar del respeto y del cariño que me tienen, personas extrañas que están aquí á mi lado y en casa de sus padres como de paso.

—¡Aprensiones!

—¡Por Dios, no me vaya Vd. á decir que tengo rarezas de suegra!

—De ningún modo, señora.

—Es que con eso se atajan todas las observaciones. No han hecho más que llegar las pobres criaturas del colegio, y ya las han sometido á la dirección de esa alemana, que Dios me perdone si no parece un mozo de la última quinta, vestido de mujer.

—Es el único medio de que aprendan idiomas.

—Ya saben el francés y el inglés, todo menos el español, porque en francés rezan, y en inglés escriben á sus amigas y hablan con ellas.

—Son las corrientes de los tiempos.

—Esa es la muletilla con que se disculpan los desaciertos. Como los viejos dormimos poco, yo me levanto muy temprano, y después de concluidas mis oraciones, que no son pocas, porque son ya muchos más los que tengo allá donde necesitan oraciones, que aquí donde exigen cuidados, me entretengo en las cosas de la casa y llevo y pido cuenta á los criados. Mi hijo le llama á esto chocheces; mi nuera, que sufre un ataque de nérvios sólo al ver una cifra, lo condena como de supremo mal tono, y mis nietas lo miran como una extravagancia incomprensible. Pues bien; gracias á esto he podido poner un poco de orden, y aunque no me he atrevido á penetrar en artículos tan inexpugnables como los trages de mi nuera y los gastos particulares de mi hijo, he logrado disminuir el *déficit* que amenazaba y amenaza todavía engullirse lo que dejó mi marido, que esté en gloria, y el dote, no pequeño, por cierto, que trajo mi nuera.

—La vida moderna es carísima.

—Pero crea Vd. que la hacen mucho más la imprevisión, el desorden y la falta del juicio, y que no se cómo no son mayores las ruinas.

—Aquí se está muy lejos de eso.

—¿Quién sabe lo que sucederá cuando yo falte?

—No debe Vd. preocuparse.

—Me preocupo yo mucho: cuando yo desaparezca, se va de esta casa lo que en ella representa la tradición, y se entra de lleno en esa vida moderna que Vd. preconiza, en el vértigo *fin de siècle* (ya ve Vd. cómo también yo sé hablar á la moderna) que les trastorna á Vds. la cabeza. ¿Y sabe Vd. lo que falta en esas aristocráticas casas montadas á la moderna?

—¿Qué?

—Quien rece, haga cuentas y haga medias.

Y diciendo esto, la pobre señora desprendió la aguja del cabello, la ensartó en la media, dobló ésta, y dominados ambos por tristes pensamientos, comprendimos que necesitábamos la soledad. Poco tardé en retirarme y mucho menos en abandonar mis prevenciones contra las antiguallas, convencido firmemente de que con menos innovaciones de las llamadas progresistas, hallaríase en la sociedad mayor prudencia y mayor paz, fundamentos ambos de la dicha.

K.

## DÚPLICA

O sea contestación  
á la epístola famosa  
de Tornero (el del violón)  
ó bien *rectificación*  
(el nombre no hace á la cosa),

pero yo, que soy letrado,  
otro mejor no he encontrado  
para expresar con más sal  
lo que aquí oponer me es dado  
á la *Réplica* fatal (1).

Vamos á entrar en materia,  
(si consiente su merced).  
He visto en cuestión tan seria  
que es muy susceptible V.  
¡Si todo fué una miseria!

Ni le llamé á V grosero  
ni lo he pensado jamás,  
ni creo yo que Tornero  
presentando á un compañero  
*tome el pelo* á los demás.

Ni he hablado de papel ruín,  
ni de su mala intención,  
y yo no he dicho, por fin,  
si tocaba usted el violón  
ó tocaba usted el violín

Perdone si le ofendí.  
Al principio no preví  
un resultado como ese;  
pero, querido, confiese  
que todo el mal no está en mí.

Ya ve V. si soy sincero;  
¿pequé? confesarme quiero,  
mas diga también «pequé».  
¿Cometí un error? Fué usted  
quien lo cometió primero.

Decir que es Pla un orador  
y Burgada un escritor  
es inferirles agravio.  
¡Hablarnos del Director  
para afirmar que es un sabio!

Que Juan Gui lee muy bien  
y que Marsá, entre otros cien,  
por su saber está en boga!  
Que si hay *Venturas* con toga...  
la llevan otros también.

Y finalmente que yo  
soy poeta de *misló*...  
¿V. no ve que encocora  
suponer que hay quien ignora  
todo lo que usted afirmó?

(1) Es escrito de *dúplica*, en el Procedimiento, el que sigue al de *réplica*.

Sí, Tornero, hizo muy mal:  
el proceder ilegal  
que por esta vez ha usado,  
sin quererlo ha rebajado  
nuestra fama universal.

O sinó, vamos á ver;  
¿quién se atreve á sostener  
con la candidez mayor,  
que Cervantes fué un autor  
de indiscutible valer?

¡Quien, como dato importante  
va á alegar de buena fe,  
que fué un médico Littré;

un historiador Massé  
y Colón un navegante!

Amiguito, á su pesar,  
(para mí también profundo),  
su poesía *eristolar*  
no hizo más que pregonar  
lo que sabe todo el mundo.

Pero ¿fue inútil? ¡ah, no!  
¡loor al que nos incensó!  
¡hurra mil veces!... y en suma  
¡¡bendita al par que su pluma  
la musa que le inspiró!

ALFREDO ELÍAS

## PENSAMIENTOS

Castigad con el trabajo la mendicidad voluntaria y culpable;  
socorred con el trabajo y por la caridad la mendicidad inocente.

*Vizconde Alban.*

\* \* \*

¡Cuántas veces en el mundo se ve un brillante inapreciado  
por la injusticia y la malevolencia, entre tanto que se engarza en  
oro y se ostenta un mal pedazo de vidrio! ¡Cuántas violetas flo-  
recen y mueren á la sombra! ¡Triste justicia humana cuya balan-  
za se inclina al soplo ligero del albedrío, al impertinente fallo de  
la pedante medianía, y al venenoso tiro de la envidia!

*Fernán Caballero.*

\* \* \*

Ni al hijo ni á la mujer, al hermano ni al amigo, no des poder  
sobre tí durante tu vida; y no des á otro tú herencia, no sea que  
te arrepientas y tengas después que rogarles á ellos. Mientras  
vivas y respire no te haga mudar persona alguna. Porque mejor  
es que tus hijos te rueguen, que no estar tú mirando á las ma-  
nos de tus hijos.

*Enseñanza del Espíritu Santo.*

\* \* \*

Reforzad el *poder doméstico*, elemento natural del *poder pú-  
blico*, y consagrad la *entera dependencia* de las mujeres y de los  
hijos, prendas de la constante obediencia de los pueblos.

*Bonald.*

\* \* \*

Poner límites á los matrimonios cuando los contrayentes no cuentan con medios seguros de subsistencia, como pretende Sismandi, sería ultrajar la libertad del hombre. La religión es la única á quien toca inspirar á las clases pobres la previsión y la fortaleza necesaria para resistir á los halagos de un matrimonio que veda la prudencia; mas ese influjo de mera persuasión no puede entrar jamás en el dominio de las leyes. \*\*\*

\*  
\* \*

Los buenos libros son los consejeros mejores; siempre firmes en un dictamen; no se enojan si los desprecian, si se les vuelve á preguntar responden lo mismo con paz, prontos á toda hora para instruir; no temen trabajos ni pretenden honores; anuncian con candor la verdad; reprenden, suplican, amenazan con toda paciencia y doctrinas.

*Birkek.*\*  
\* \*

Lo cierto es que mientras más bajo é íntimo ha sido el favorito, menos se le puede despedir, porque está en posesión de secretos que avergonzarían si fuesen divulgados: por donde los preferidos de este jaez, vienen á encontrar doble fuerza en su misma infamia, y en las debilidades de su amo.

*Chateaubriand.*\*  
\* \*

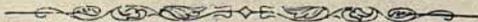
Cuando oigo pronunciar una palabra divina, es decir católica, luego al punto vuelvo los ojos al derredor para ver lo que sucede, cierto como estoy de que ha de suceder algo, y de que eso que ha de suceder, ha de ser forzosamente ó un milagro de la divina justicia, ó un prodigio de la divina misericordia. Si es la Iglesia la que la pronuncia, aguardo la salvación; si el que la pronuncia es otro, espero la muerte.

*Donoso Cortés.*\*  
\* \*

En tiempos de revolución todo lo antiguo es enemigo.

*Mignet.*\*  
\* \*

El genio ocupa siempre el primer lugar en la ciudad. Abundando en la opinión de Aristóteles, la humanidad ha legitimado la usurpación, siempre que la ha acometido el genio, porque el interés del genio se confunde las más de las veces en el interés general. Sin duda por esta razón M. Thiers consideraba como un derecho natural el ser presidente de la República francesa.

*Carlos Périn.*

---

**REVISTA DE LA QUINCENA**

---

Difícil es la situación que atraviesa el Ministerio Sagasta, rudamente combatido por los conservadores y por una buena parte de sus propios amigos políticos, en la cuestión de los tratados de comercio. Los elementos productores de la nación, sin distinción de opiniones políticas, se han pronunciado enérgicamente contra la gestión librecambista del Sr. Moret, patrocinado ciegamente por el Sr. Sagasta, quien cometió el desacierto de sacrificar á los Sres. Gamazo y Maura para que Moret sacara adelante sus proyectos económicos. El campo de batalla es hoy el tratado de comercio con Alemania, ya porque ese tratado es el que más indefensos deja los intereses de la producción nacional, ya también por haber declarado el Sr. Moret que, de no ser aprobado, abandonaría el Ministerio, por tener en ello empeñada su palabra. Y cosa es bien averiguada que el tal tratado no obtendrá la aprobación de las Cortes, mayormente habiéndonos ya Alemania declarado la guerra de tarifas, y habiendo su representante notificado al Gobierno español, que Alemania se considerará desligada de todo convenio comercial con España, si las Cortes no ratifican en la presente legislatura el proyectado tratado de comercio, ratificado ya por la Dieta del Imperio. Y aunque nadie cree en esa ratificación, pero el Sr. Moret no abandona su cartera, deseoso de arrastrar en su caída, que él mismo considera inevitable, á todo el Ministerio, con lo cual haría menos vergonzosa su propia derrota. De aquí los insistentes rumores de crisis que debilitan más y más al Ministerio Sagasta.

Aunque es ya proverbial la habilidad de D. Práxedes para sortear las dificultades con que en la gestión pública suele tropezar, dudoso es por demás que pueda continuar por algún tiempo al frente del Gobierno, ya porque la opinión pública reclama otros procedimientos gubernativos, ya también por la descomposición de la mayoría, que se resiste á apoyar la política económica del Ministerio. Bien sabemos que, dada la idiosincracia del Sr. Sagasta, las oposiciones son impotentes para derribarle del poder, mientras cuente con el apoyo de la Corona y de la mayoría; pero como ésta se le subleva á cada momento, es lo más probable que, á no tardar, sucumba el Sr. Sagasta á manos de sus propios amigos, como otras veces le ha acaecido.

\*  
\* \*

Parecía que el Ministerio Perier tenía asegurada por mucho tiempo su existencia. Habíase consagrado con fe y decisión á hacer prevalecer una política verdaderamente nacional, since-

ramente pacificadora, superior á los intereses de banderías, opuesta á las exageraciones sectarias; y la verdad es que la Nación apoyaba el programa del Gobierno y que la opinión pública se manifestaba de día en día más favorable. Al dar comienzo la sesión del día 22 de Mayo, nadie podía prever que el Parlamento francés había de desautorizar la política del Ministerio. Y con todo, éste sufrió una derrota tremenda, gracias á la coalición de la extrema derecha con la extrema izquierda y á la abstención de unos cincuenta ministeriales. La verdad es que tampoco Mr. Casimiro Perier hizo grandes esfuerzos para evitar su caída. Prefiriendo la Presidencia del Congreso á la del Consejo de Ministros, creyó que se le presentaba una ocasión oportuna para abandonar la dirección de la política en aceptables condiciones, sin desgaste de su prestigio, y trató de aprovecharla.

Durante el medio año que ha permanecido C. Perier al frente del Gobierno, ha manifestado la firme voluntad de practicar una política seria, patriótica, de orden, de libertad y de progreso, manteniendo á raya á todos los elementos revolucionarios; ha patrocinado el desenvolvimiento del *espíritu nuevo*, afirmando el espíritu de tolerancia frente á frente del espíritu de odio, el espíritu de pacificación frente á frente del espíritu de persecución sectaria, el espíritu de unión y concordia de todos los ciudadanos honrados frente á frente del espíritu exclusivista de los viejos partidos que luchan á muerte por apoderarse de la gobernación del Estado. Verdad es que el *espíritu nuevo*, proclamado por el Ministerio caído, no daba satisfacción cumplida á las reivindicaciones de los católicos; pero débese tener en cuenta que el Ministerio, acosado por los socialistas y radicales, y contando entre sus filas á no pocos Diputados partidarios del librepensamiento, y otros que predicaban la supremacía del Estado sobre la Iglesia, carecía de elementos seguros para desarrollar una política genuinamente conservadora y católica, puesto que por este camino no le habría seguido la mayoría que le apoyaba. Por esta razón debían los intrasigentes de la Derecha templar sus fogosos entusiasmos y limitarse á sacar el mejor partido posible de las circunstancias. Pero, en su ciega aversión á la forma republicana, veían con pena cómo la prudencia política del Ministerio consolidaba la República, rodeándola de poder y prestigio, y no vacilaron en unir sus esfuerzos á los de los radicales y socialistas, que miraban en el Gabinete Perier á su enemigo más franco y formidable.

La agremiación y sindicato de los empleados de los ferrocarriles fué sólo un pretexto para que las oposiciones se coaligaran en su empeño de derrocar al Ministerio. Este sabía á ciencia cierta que socialistas y radicales votarían como un solo hombre en favor de los empleados de los ferrocarriles; pero pudo prever que la Derecha monárquica, recelosa de las doc-

trinas pontificias relativas á la agremiación de los obreros, uniría sus votos á los de los socialistas? ¿pudo, sobretodo, prever que una parte de la mayoría se abstendría de votar para facilitar el triunfo de las oposiciones? Una respuesta negativa parece reclamada por el poco empeño que puso el Ministerio, en mantener su criterio acerca de la incongruencia de que se agremien los dependientes del Estado, por la perturbación que esto debe naturalmente producir en las esferas gubernamentales. Pero esa flojedad se explica más satisfactoriamente, considerando que Mr. Casimiro Perier desempeñaba á disgusto la Presidencia del Consejo de Ministros, donde su prestigio podía sufrir algún menoscabo, y creyó que lo conservaría íntegro, cayendo del poder defendiendo el principio de autoridad. Y lo cierto es que durante su gobierno ha consolidado su fama de hombre de Estado, y que la misma Cámara que le derrotó el 22 de Mayo en una cuestión secundaria, le ha dado una satisfacción completa reeligiéndole para la presidencia del Parlamento.

Mr. Dupuy ha reemplazado á Mr. Casimiro Perier. El nuevo Ministerio ha declarado que garantizará el orden público y asegurará la exacta observancia de las leyes republicanas, que se esforzará en resolver el problema económico, que pondrá el mayor empeño en mantener las miras que permitieron á Francia recuperar su rango entre las demás naciones y que hará los mayores esfuerzos en pro de la producción nacional y muy especialmente de la viticultura. Con todo, las clases conservadoras no pueden esperar tanto de este Ministerio como podían esperar del anterior, mientras que los socialistas y radicales se felicitan por el cambio operado.

\*  
\*  
\*

La derecha intransigente justifica la coalición con los socialistas para la derrota del Ministerio Perier, alegando la conducta observada por éste en la cuestión de la obra de las fábricas de Iglesia y en la de los honores nacionales tributados á la Venerable sierva de Dios, Juana de Arch. Mas téngase presente, al discutir la sinceridad de estas declaraciones, que la cuestión de las fábricas de la Iglesia se hallaba ya en vías de un arreglo satisfactorio, gracias á la intervención de Su Santidad, cuando sobrevino la caída del Ministerio. Éste se había comprometido, manteniendo la ley de contabilidad que tantas reclamaciones habia suscitado, á publicar un reglamento que facilitara el cumplimiento de la misma de acuerdo con las observaciones hechas por los Señores Obispos. Tratándose de una cuestión *mixta*, según la habia calificado León XIII, justo era que la Autoridad Civil y la Autoridad Eclesiástica, empeñadas ambas en hallar solución pacífica al conflictosurgido, cedieran algo de sus pretensiones hasta llegar á

una honrosa concordia. Y al ventilar el Parlamento las soluciones propuestas por León XIII, recibió éste un hermoso homenaje de consideración, respeto y simpatía, que demostró elocuentemente la gratitud de la Nación francesa hacia la Santá Sede.

Más en lo firme se hallaba la Derecha conservadora, al acriminar al Gabinete por su proceder acerca del homenaje nacional tributado á la piadosa Doncella de Orleans. Sabido es que la introducción de la causa de Beatificación de la Heroína francesa y la declaración de sus virtudes heroicas por la Santa Sede, excitaron un entusiasmo delirante en toda la Nación vecina. El pueblo y el Clero, la Magistratura y el Ejército, todas las clases sociales, se adhirieron al pensamiento de reivindicar y enaltecer la memoria de la inspirada virgen de Domremy que en circunstancias críticas había salvado el honor y la independencia de la Francia. Aunque la Iglesia católica podía reclamar la primacía en esa obra de reivindicación, y de hecho se puso al frente del movimiento nacional que miraba en Juana de Arch á la Salvadora sobrenatural de la nacionalidad francesa, no obstante, de tal manera se compenetraban en ese movimiento el sentimiento patriótico y el sentimiento religioso, que la impiedad hubo de alarmarse ante las consecuencias de la evolución regeneradora tan favorablemente iniciada. Intentaron las sectas presentar á la heroína católica como una especie de librepensadora de su tiempo en rebeldía contra la Iglesia; y al efecto recordaron la parte activa que tomó en el proceso de Rouen el famoso Obispo de Beauvais, Mgr. Cauchon, de quien la Iglesia católica conserva tan funestos recuerdos. El instinto popular se resistió á hacer responsable á la Iglesia de los actos de uno de sus Ministros prevaricadores, y se desistió de ese inútil y temerario empeño.

Mas como quiera que Juana de Arch aparecía como un simbolo de restauración patriótica y religiosa, y como los odios políticos se calmaban, al parecer, á la sombra de esa bandera bendita; como alrededor de la estatua de la joven heroína se olvidaban los antagonismos políticos, durante aquellas ceremonias imponentes que reunían á la sociedad francesa sin excepciones lamentables, pobres y ricos, autoridades y subordinados, el clero, la magistratura, el ejército; y como la unión de los corazones se preparaba á ser una realidad y la comunidad de amor y veneración experimentada por todos en presencia de la Doncella de Orleans disponía á una comunidad más completa y más efectiva de sentimientos que podían fijar la suerte de la Francia; ante la perspectiva de una reconciliación que podía aplicar todas las fuerzas de la patria al fomento del bien común, cerrando la era de las luchas y de las conmociones políticas y sociales; la francmasonería se alarmó extraordinariamente, temiendo perder el monopolio de la cosa pública que ella explotaba en su propio beneficio, y puso en juego todos los poderosos elementos de que

dispone, para hacer fracasar el proyecto de ensalzar á Juana de Arch por medio de una fiesta nacional establecida en honor suyo. No podía consentir en la institución de una fiesta nacional que los católicos pudieran celebrar á la par que los librepensadores, y aun con mejor derecho que éstos. Con gusto verían las logias que se estableciera una fiesta nacional en honor de Marat, Robespierre ó de cualquiera otro de los sanguinarios héroes del 93; pero no podían consentir este homenaje en favor de una Doncella católica que, diciéndose inspirada de lo alto, tuvo la suerte de libertar la Nación del poder de los ingleses y reconstituir la unidad de la patria.

El Grande Oriente se opuso á la celebración de una fiesta nacional en honor de Juana de Arch; y he ahí que algunos días después de esta resolución, el Gobierno prohibió á los Prefectos y á todos los funcionarios públicos que asistieran oficialmente á las fiestas celebradas en honor de Juana, y que los militares, fueran clases, fueran simples soldados, tomaran parte en ellas vestidos de uniforme. Aunque la lógica veda emplear el argumento *Post hoc, ergo propter hoc*, sin embargo, en este caso particular, la opinión pública ha estado unánime en suponer que las decisiones del Gobierno han sido consecuencia de las decisiones del Grande Oriente, y que, esta vez al menos, Casimiro Perier se resignó á ser el ejecutor de las órdenes masónicas. Hasta los republicanos moderados, por conducto del *Temps* y de los *Debats*, han reprochado esta debilidad del Gobierno al cual con sinceridad apoyaban. Y la extrema Derecha del Parlamento, al ver que el Gobierno se constituía en dócil instrumento de las sectas, se unió el día 22 de Mayo á los socialistas y radicales para derribar al Gabinete masonizante.

\*  
\* \*

Crispi está recogiendo ya los frutos de su desatentada política antipontificia. En diversas ciudades de Italia han tenido lugar demostraciones y disturbios donde han menudeado los gritos de «¡Muera Crispi!» No es esto indicar que los manifestantes y revoltosos sean los partidarios de la Santa Sede, como lo indican bien claro, entre otros indicios, las bombas estalladas en los Ministerios de Guerra y de Justicia; sino que la odiosidad que persigue á Crispi es hija de la política ruinosa que éste patrocina y cuyo objetivo único es la posesión de Roma y el cautiverio del Sumo Pontífice. Para asegurar la ocupación de Roma, persiste Crispi en la política internacional que tan enormes cargas impone al Erario público; y como la Italia está ya estrujada, empobrecida, arruinada, y cada día se le piden nuevos sacrificios, sin que sea dable vislumbrar un porvenir más tolerable, de ahí los clamores de la opinión pública contra la gestión política del fa-

moso megalomano, de ahí las vivas protestas contra un orden de cosas que esparce por doquier la desolación y la ruina y los horrores de la miseria más lamentable. Pero ¿quién es capaz de señalar al probable sucesor de Crispi? Mejor preguntado: ¿es posible sustituir en el Gobierno al actual Presidente del Consejo? Todos los hombres de alguna significación política se hallan gastados. Además, la crisis que experimenta la Italia es honda, muy honda, y afecta á las instituciones fundamentales de la Monarquía misma. Muchos temen, y con sobrada razón, que el cambio político reclamado por la opinión pública habría de ser fatal para la Monarquía de Humberto I, la cual se hace de día en día más incompatible con el bienestar de los ciudadanos italianos. Peligroso es para Humberto seguir la política exigida por la triple alianza y hoy personificada en Crispi; pero es también peligroso abandonar esa política para atender al clamor de la patria empobrecida. Lo que en fuerza y solidez gana la Monarquía italiana siguiendo su antigua política internacional, lo pierde divorciándose del pueblo y de las clases productoras que maldicen aquella política ruinosa. Situación verdaderamente crítica es la de la Monarquía italiana y difícil es prever cómo podrá salir de ella.

\*  
\* \*  
\*

El discurso pronunciado recientemente en Bochum, por el Dr. Lieber, jefe político del centro alemán, ha causado inmenso regocijo entre los católicos del poderoso imperio. En las últimas declaraciones políticas, había anunciado el Dr. Lieber la posibilidad de su retraimiento y su deseo de abandonar la jefatura del Centro, y esta actitud había emocionado profundamente á los católicos, que tenían una omnimoda confianza en el elocuente y popular sucesor de Mr. Windsthors. Superadas las dificultades que el Dr. Lieber encontraba en la dirección del Centro, ha anunciado en su reciente discurso que la paz interior, de nuevo reinaba en el partido católico y que, por ende, asumía de nuevo la dirección del Centro para activar la obra de las reivindicaciones católicas. El objetivo principal de los trabajos del Centro, ha dicho el doctor, debe ser la lucha contra el socialismo revolucionario, el cual sólo puede ser victoriosamente combatido por la Iglesia. Anuncia después, que repetirá la moción sobre el regreso de los jesuitas, si el consejo federal desatiende la votación favorable recaída sobre este punto en el Reigstak. El Dr. Lieber, cree que el retorno de los jesuitas es indispensable para salvar el orden social, y funda el derecho de esta demanda en la prioridad de existencia que los católicos pueden aducir frente á frente de los protestantes, de donde deduce que no son los católicos, sino los

protestantes, los que tienen que justificar su derecho á la existencia.

\*  
\*  
\*

Por fin cayó del Ministerio húngaro el secretario Wekerlee, y cayó víctima de su empeño en secularizar el Matrimonio. La Cámara de los Magnates, secundando el movimiento de la opinión pública, rechazó por gran mayoría el proyecto de Matrimonio civil, ya aprobado por la Cámara popular. El Gobierno determinó devolver á la Cámara de los Magnates el desechado proyecto; y para asegurar su aprobación, propuso al Emperador Francisco José la creación de un extraordinario número de Magnates, que tomarán asiento en la alta Cámara y asegurarán la ratificación de las leyes eclesiásticas. Negóse el Soberano á esa imposición del Ministerio, y viendo Wekerlee que no podía sacar adelante su anticatólico programa, ha presentado su dimisión que le ha sido aceptada. No por eso la Hungría ha recobrado la paz perdida, porque el partido liberal en masa, y con él todos los protestantes y judíos, ha resuelto sostener á todo trance los proyectos secularizadores de Mr. Wekerlee á quien apoyan también con decisión todos los partidarios de la independencia nacional, todos los enemigos de la anexión al Austria. Mr. Wekerlee ha aceptado la dirección de ese partido de resistencia, y como es un partido numeroso y decidido y cuenta con una prensa bien servida y con elementos materiales de gran importancia, la lucha continuará con tesón y energía, mayormente hallándose los católicos decididos á sostener sus derechos y los derechos de la Corona y de la Iglesia. Los liberales de Mr. Wekerlee explotan en pró de sus ideales políticos y religiosos el sentimiento patriótico de los húngaros, y hacen esfuerzos supremos para confundir su causa con la causa de la independencia nacional. Así logran hacer simpática una causa que de otra manera sería detestada por el pueblo que permanece adicto á sus creencias religiosas.

\*  
\*  
\*

Un cambio radical se ha operado en la política interior y exterior de la Bulgaria. Stambouloff, el sanguinario Stambouloff, aquel domador de hombres que imponía á los búlgaros sus preferencias políticas por el terror, por los suplicios y por la sangre, ha caído del poder envuelto en los torbellinos de las iras populares. Ha caído para no levantarse más. Ha caído porque representaba el despotismo, la arbitrariedad, la tiranía y el desprecio de la virtud y el abandono de la conciencia y el insulto á la dignidad humana. Secuestrando la autoridad del príncipe Fernando, había convertido la Bulgaria en un instrumento de la tri-

ple alianza y de la ambición de la Inglaterra contra la expansión política de la Rusia. Había perseguido á sangre y fuego todo cuanto podía ser grato al Imperio moscovita. Había reducido la misión de la Bulgaria á vigilar los intereses austriacos en los Balkanes, adoptando como justo y patriótico lo que perjudicaba á la Rusia, y rechazando como injusto y antinacional cuanto á la Rusia podía serle grato. Con sus despóticas exacciones había atesorado inmenso cúmulo de odios nacionales, y éstos han estallado con furor irresistible contra el Dictador caído y sus serviles pretorianos. El Vicepresidente de la Cámara ha sido arrastrado por las calles de Sofía á causa de su adhesión á Stambouloff, y los compañeros de Gobierno del famoso rusóphobo han sido arrestados en sus propios domicilios, acaso para sustraerles á las iras populares. El Patriarca Clemente, encarcelado por su adhesión al Czar, ha sido puesto en libertad por el nuevo Gobierno, y todo indica que variará por completo la orientación política de la Bulgaria. La triple alianza ha visto derrumbado este baluarte de su política en Oriente, y la Rusia podrá atender á sus avances panslavistas en los Balkanes, en dirección á las riberas del Danubio y á las playas del Bósforo. No puede asegurarse que la revolución búlgara se haya realizado en interés del elemento eslavo y de la influencia moscovita, de modo que las órdenes que antes partían de Viena deban partir en lo sucesivo de San Petersburgo; pero sí que es un hecho comprobado, que se ha puesto término á la preponderancia austro-alemana y que dejará de ser criminal la adhesión á la Rusia. Los enemigos de Stambouloff, no por ser desafectos á la triple alianza, son menos partidarios de la independencia y de la grandeza autónoma de su patria; y si se inclinan hacia la Rusia, es únicamente para mejor asegurar el poderío y la gloria de la nación. Stambouloff sólo comprendía la independencia de la Bulgaria mediante el apoyo interesado de los enemigos de la Rusia, y por eso se había echado en brazos de la triple alianza; pero la opinión popular se ha pronunciado enérgicamente contra esa política de exclusivismo internacional, y reclama que *la Bulgaria sea para los búlgaros*, no para los rusos, pero tampoco para los austriacos é ingleses.

Tiene la revolución búlgara una trascendencia internacional indudable, y acaso por esto, ponga de nuevo sobre el tapete la espinosa cuestión de Oriente. ¿Apoyará Rusia resueltamente la situación creada? ¿La combatirán Inglaterra y la triple alianza? Seguiremos el curso de los acontecimientos, pues los sucesos de Bulgaria pueden afectar sobremanera á las relaciones internacionales de las grandes Potencias.

E. LI.

